

GRAVES DECISIONES EN AFRICA

Durante los últimos meses se han sucedido tres acontecimientos de gran importancia para el porvenir africano. Los tres hechos a que nos referimos son: las dos resoluciones de la Organización de las Naciones Unidas sobre Rhodesia y el Suroeste africano y la Conferencia de jefes de Estados y de Gobierno de la Organización de Unidad Africana, celebrada en la capital etíope.

El problema creado por la declaración unilateral de independencia de Rhodesia dista mucho de haberse resuelto¹. Por el contrario, las presiones afro-asiáticas son tan fuertes en el sentido de llegar a una guerra con el «Gobierno rebelde» de Salisbury, que todo hace temer que estemos en vísperas de presenciar un descomunal estallido de violencia que culmine los periódicos baños de sangre que vienen teniendo por escenario el Continente.

La Conferencia de la O. U. A. aprobaba, el 8 de noviembre, una resolución condenando sin reservas las conversaciones que se vienen celebrando entre el Gobierno de Londres y los llamados «colonos rebeldes» de Rhodesia. Tales conversaciones, en opinión de los países reunidos en Addis-Abeba, constituyen «una conspiración encaminada a reconocer la independencia ilegalmente proclamada». En dicha resolución, los jefes africanos se pronunciaron por sanciones obligatorias y completas contra el régimen de Ian Smith, invocando en su favor la carta de la O. N. U. e invitando a todos los Estados de la O. U. A. a que apoyen activamente la aplicación de dichas sanciones.

Pero los países africanos no están convencidos de la eficacia de estas medidas, mucho menos después de haber comprobado el fracaso de aquellas anterior-

¹ Vid. Julio COLA ALBERICH: «¿Solución negociada en Rhodesia?». *Revista de Política Internacional*, núm. 85.

res en las que tanta confianza había cifrado Wilson. Estas, hasta el momento, no han hecho tambalearse al Gobierno de Salisbury, y a otras nuevas, más severas, no todos los países estarían dispuestos a su aplicación estricta. Si Portugal y la República Sudafricana no aceptan esta medida, la eficacia total quedaría prácticamente muy disminuida.

Queda el recurso supremo, el recurso a la fuerza armada para destruir, aplastar, la «rebelión rhodesiana». Este objetivo es el que han acariciado más cuidadosamente los dirigentes africanos, cuya voz se impone en las asambleas continentales. En Addis-Abeba se ha «condenado enérgicamente a la Gran Bretaña por su negativa a *destruir* el Gobierno rebelde» y se invitaba a Londres, en términos apremiantes, a utilizar todos los medios, incluida la fuerza militar, para poner fin a la rebelión.

Y la prueba de que este recurso a la fuerza de las armas constituye una obsesión para los dirigentes africanos, lo tenemos en que los países afro-asiáticos presentaron en la O. N. U. un proyecto de resolución por la que se pide formalmente a la Gran Bretaña que emplee medios militares para poner fin a la independencia autoproclamada. Esta propuesta fue aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el pasado día 17², y en ella se condenaba también cualquier acuerdo a que llegase con Rhodesia «en el que no se reconozcan los derechos de los rhodesianos de raza negra a la autodeterminación y la independencia».

Resulta doloroso, examinando estos antecedentes, comprobar la falta de realismo que caracteriza la alta política exterior de los países africanos. Un recurso a la guerra, sea contra Rhodesia, las provincias portuguesas o la República Sudafricana, en los presentes momentos significaría el colapso total del Continente. En una guerra de tal envergadura quedarían destruidas infinitas posibilidades de estabilidad económica y bienestar social y el progreso del Continente quedaría diferido muchos lustros. Si en verdad se desea la prosperidad africana, como pregonan muchos dirigentes de corta visión política, el objetivo primordial que debe acometerse es el de asegurar los recursos económicos de los países—sin lo cual todo objetivo posterior es una utopía—, armonizar las relaciones entre los distintos Estados ya independientes, cuyas

² A este proyecto de resolución, Somalia había presentado una enmienda, que luego retiró—por interés de la solidaridad afro-asiática, según explicó su delegado, Ahmed Mohamed Adan—, en la que se pedía que dicho aplastamiento militar debía verificarse antes de que finalizara el año.

fricciones ensangrientan cotidianamente el suelo africano y cuya gravedad no cesa de incrementarse, y, finalmente, elaborar las bases de una organización política que elimine la tiranía y la corrupción que se ha adueñado de esos países tras de su acceso a la vida internacional. Es decir, crear las condiciones para que cuando los pueblos logren la independencia, sean verdaderamente libres e independientes y no, como en muchos casos presentes, el momento de la independencia señale, simplemente, la sustitución de una dependencia blanca por otra de color. Cuando esos objetivos hayan sido logrados y se haya instaurado una convivencia armónica, cuando una política responsable caracterice las relaciones de Estados africanos verdaderamente prósperos y democráticos, entonces será el momento de reclamar, con toda la autoridad moral que confiere el haber dado cima a esa obra de engrandecimiento, el cese inmediato de toda restricción a la libre autodeterminación de los pueblos africanos.

Porque, si tendemos la mirada hacia el pasado inmediato, el balance que presenta realmente el Continente en casi dos lustros de independencia global, es desconsolador. Hemos asistido, aparte de la desaparición de considerables fuentes de riqueza, a un enfrentamiento feroz en el Congo ex belga, que ha causado un millón de muertos y que no ha sido resuelto definitivamente; se han producido choques militares de envergadura entre Marruecos y Argelia, Somalia y Etiopía, Ruanda y Burundi, Chad y Sudán, Kenya y Somalia, Togo y Ghana. Nigeria está sumida en un baño de sangre debido a muchos factores, entre otros, la pugna hausas-ibos. El Camerún se ha visto atenazado por crueles luchas entre partidos opuestos. Las matanzas en gran escala entre sudaneses del Norte y Sur se remontan a los albores de la independencia; es decir, a hace diez años, sin que hayan sido remediadas las causas que las han originado. Los combates de las tribus somalíes de Kenya—los «shifta» como los denominan las autoridades de Nairobi—contra las tropas gubernamentales, iniciadas anteriormente a la independencia, no han disminuido. La pugna armada entre tutsis y hutus han ocasionado ya decenas de miles de víctimas y ese número no cesa de incrementarse. Estos y otros muchos ejemplos que podemos aducir, hacen resaltar la evidencia de que la paz en Africa dista mucho de haberse conseguido, aun habiendo transcurrido años suficientes desde que salieron del régimen colonial la mayoría de sus artificiales países³.

³ Nos referimos, por supuesto, a la artificiosidad de sus fronteras, trazadas caprichosamente por las potencias coloniales.

Y estos antecedentes que rememoramos no son hechos superados, puesto que es obvio que están desarrollándose en los momentos presentes acontecimientos que presagian un empeoramiento de la situación que, en amplias zonas, es prácticamente caótica. Desde noviembre de 1965 a octubre pasado se han venido escalonando disturbios fronterizos entre el Chad y Sudán, que han originado más de 600 muertos y que han estado a punto de producir la guerra formal entre los dos países, puesto que el Gobierno de Tombalbaye había ya dado orden de disparar contra los aviones sudaneses. Las relaciones entre Ruanda y Burundi no cesan de deteriorarse. El 7 de noviembre ha sido presentada a la Conferencia de la O. U. A. de Addis-Abeba una denuncia de Ruanda contra Burundi, al que acusa de «albergar bandas de terroristas tutsis y favorecer sus incursiones en su territorio». La cuestión de qué país debe anexionarse la Somalia francesa, Etiopía o Somalia, amenaza con provocar un grave conflicto entre ambos países que ya se han visto enfrentados, hace poco tiempo, en cruentos combates por cuestiones de límites. Las diferencias fronterizas marroquí-argelinas siguen sin resolverse, corriéndose el riesgo de que puedan reanudarse las luchas. Hace pocos días, el 6 de noviembre, el Consejo de Ministros africanos estudiaba el informe de la comisión «ad hoc» encargada de estudiar las diferencias entre los dos países, acordándose, finalmente, que continuase sus trabajos. Por último, el ruidoso incidente desencadenado a primeros de dicho mes por el Gobierno de Accra, al detener a los delegados de Guinea que se trasladaban a Addis-Abeba para asistir a las reuniones de la O. U. A., muestra el alto grado de tensión mutua existente.

Estos acontecimientos que venimos subrayando, afirman que el Continente africano está convulso y que el proporcionarle una estabilidad, el poner fin a las guerras tribales que con tanta frecuencia se desatan, extenuándolo, o el reducir la tensión mutua entre sus Estados, es una tarea vital, urgente e inmediata. Los tremendos genocidios de Ibos en Nigeria, iniciados a principio de este año y que han ocasionado decenas de millares de muertos, son el ejemplo sangriento de lo que debe cesar ya, definitivamente, en Africa. Podemos afirmar categóricamente que las innumerables conferencias de alto y bajo nivel que tanto han prodigado los dirigentes africanos independientes representan un rotundo fracaso, mientras que esta demencial sangría no sea atajada de una vez para siempre. Las discusiones bizantinas sobre cuál es el régimen más apropiado al Continente, las rutinarias condenas solemnes del colonialismo, del imperialismo y del neocolonialismo, son un sarcasmo, cuando miles y miles de

africanos mueren, de forma violenta, después de haber alcanzado la independencia que debía proporcionarles una nueva existencia libre del temor y de la opresión ⁴.

Y otro tanto podemos decir de las graves crisis económicas que se adueñan del Continente y que han sumido en el hambre a masas innumerables. Los estadistas africanos más destacados han consagrado la mayor parte de su atención a cuestiones que en nada afectan a la prosperidad de sus países y han derrochado ingentes caudales en gastos suntuarios y de prestigio. Así, hoy, Ghana, un país que alcanzó la independencia en plena prosperidad económica y con reservas extraordinarias, no puede hacer frente a las deudas internacionales. Así se extiende el paro y el hambre en múltiples comarcas y la situación sanitaria se torna inquietante, habiéndose reproducido enfermedades que se consideraban extinguidas. Esta verdad es dura, incluso cruel, para quienes profesamos un sincero afecto a los pueblos africanos; no obstante, quienes deseáramos ver un África próspera, libre y pacífica, debemos pregonar esa verdad, puesto que la crítica constructiva siempre puede ser saludable. La bancarrota económica y la aparición del «colonialismo de clase» que denuncia Dumont ⁵ son problemas acuciantes que deben merecer atención primordial de quienes tienen en sus manos los destinos políticos.

Pero ese clima de madurez política, sensatez y realismo, que debía predominar entre los estadistas africanos, que han de enfrentarse con estas tareas, verdaderamente formidables y vitales para el porvenir del Continente, brilla por su ausencia. Esos dirigentes dejan pasar años preciosos, volcando su actividad en cuestiones de menor cuantía. En vez de adoptar una política prudente en el camino de la unificación africana y dedicar los esfuerzos más denodados hacia el progreso social y político, comprobamos que de una Conferencia «cumbre», como la de Addis-Abeba, los resultados se limitan a una llamada a la fuerza militar extranjera para el aplastamiento de Rhodesia y a una dura censura de la política racial de la República Sudafricana. Un experto decía que tal Conferencia no había sido un fracaso, puesto que «en la coyun-

⁴ «Hemos creído que una liberación del yugo colonial bastaba para librarnos del estado de hombres poco adelantados, y la independencia nos ha aportado, además de nuestros problemas de otros tiempos, una serie de problemas nuevos, incompatibles con nuestra naturaleza de hombres africanos» (Anicet KASHAMURA: *De Lumumba aux colonels*. París, 1966).

⁵ René DUMONT: *L'Afrique noire est mal partie*. París, Seuil, 1966.

tura actual no era posible a la joven O. U. A. hacerlo mejor. Se ha limitado, pues, a proponer aquello que puede realizarse». El secretario de la Organización, Diallo Telli, por su parte, declaraba: «Esta reunión ha sido criticada y acusada de fracaso porque no ha podido resolver ciertos problemas, pero la Organización no ha sido nunca considerada como una panacea que puede resolver todas las dificultades que surjan». Ambos comentarios hablan por sí solos. Si la Conferencia de jefes de Estados y de Gobierno de los países de una Organización que pretende la unidad africana resulta incapaz de resolver o siquiera atenuar los antagonismos que subsisten entre los diferentes Estados —y en esta reunión de Addis-Abeba se han presentado tres (el conflicto marroquí-argelino, el de Ruanda-Burundi y el de la Costa francesa de los Somalíes)—, es obvio que esa Organización está fracasando. Y si, haciendo caso omiso del exterminio que se está produciendo en grandes núcleos de la población africana (ibos, tutsis, etc) en los mismos momentos en que esos estadistas deliberan, se dedican a fomentar la aparición de otros focos de exterminio (Rhodesia, Suroeste africano), entonces a esa acción, además de fracaso, la podemos calificar de demencial ⁶. Y si, además, consideramos que sabiendo que el hambre diezma a sus propias poblaciones, en vez de destinar a remediarla los precarios recursos económicos que se poseen, se dedican largas horas a considerar la creación de un nuevo edificio para sede permanente de la O. U. A. y se asignan para ello 15 millones de dólares, a esos calificativos podremos agregar el de inhumanidad ⁷.

⁶ Durante la Conferencia de la Commonwealth, en septiembre, el primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, instaba a los africanos de Rhodesia a lanzarse a una guerra de guerrillas en su país al modo de los miembros del Vietcong en el Vietnam. Esta sugerencia la formuló durante un programa de televisión. El primer ministro malasio, Abdul Rahman, lamentaba al día siguiente esa sugerencia de su colega, declarando que «se hallaba desagradablemente sorprendido de que tal sugerencia viniera de un dirigente que gobierna una parte del mundo que se enfrenta con la terrible insurrección de los elementos terroristas y comunistas». «La lucha de guerrillas—agregaba—, que Malasia padece desde hace doce años, ha costado ya muchas vidas humanas y mucho sufrimiento, pérdidas a la propiedad y cuantiosos gastos al país... Es deplorable en extremo que Lee Kuan Yew sugiera tales medidas destructivas y tales acciones que, de llevarse a cabo, destruirían otro país». Siendo esto cierto, lo que ahora se pretende es más grave, puesto que una guerra contra Rhodesia, en gran escala, no sólo arrasaría este país, sino que, antes de que terminase, los rhodesianos habrían causado daños irreparables en los países circundantes.

⁷ «A pesar de estar unidos en la lucha contra el colonialismo y de vivir en una sociedad de estructura comunitaria, no hemos podido conciliar hasta ahora nuestro 'fraterna-

Tratemos ahora de la postura rhodesiana. El 23 de octubre, el primer ministro, Ian Smith, declaraba que «si Inglaterra intenta poner el asunto de Rhodesia en manos de las Naciones Unidas, me veré obligado a proclamar la República en el país». A sus últimas ofertas de reunirse personalmente, «de hombre a hombre», con el primer ministro británico para tratar de resolver las diferencias, Harold Wilson ha respondido con una categórica negativa. La perspectiva de un acuerdo, aunque no imposible, es altamente improbable, mucho más cuanto que la Gran Bretaña ve limitada su acción por la decisión de los países de la Commonwealth de condenar todo acuerdo a que pueda llegar que no se efectúe sobre la base de un Gobierno mayoritario; por tanto, africano⁸, en el país, y Salisbury se opone resueltamente a toda consulta fundada en el sufragio universal. Al propio tiempo, en Londres existe una preocupación evidente por las consecuencias económicas que tendrían lugar tras una nueva «escalada» debido a la acción de las Naciones Unidas. El canciller del Tesoro se ha mostrado inquieto por las posibles repercusiones que para la balanza de pagos se derivarían de toda iniciativa susceptible de complicar a la República Sudafricana y Portugal en la crisis. Incluso se advierten serias dudas ante las consecuencias de una interrupción, al menos parcial, del abastecimiento de cobre de Zambia en caso de sanciones obligatorias, puesto que la conducción del mineral, esencial para la industria británica, sería cortada por el Gobierno de Salisbury en tal eventualidad. Todo ello sin olvidar que todo acuerdo de sanciones, por amplio y severo que pueda ser, será ineficaz sin la aceptación por la República Sudafricana, y Vorster ha declarado ya, el 20 de septiembre, que el Gobierno de Pretoria proseguirá, con respecto a Rhodesia, la política mantenida por Verwoerd; es decir, que no tendría en cuenta las sanciones decretadas por la O. N. U.

* * *

El Tribunal Internacional de Justicia de La Haya emitía un veredicto favorable a los puntos de vista de la República Sudafricana, al declarar que no

lismo' y el individualismo propio de las sociedades industrializadas. Pese a vivir en un régimen llamado de fraternidad, los responsables africanos han sido más violentos con sus adversarios que lo fueron sus antepasados salvajes para con sus enemigos» (A. KASHAMURA, op. cit.).

⁸ La llamada NIBAMR. o sea, «no independencia antes del Gobierno por la mayoría africana».

existía obligación de transformar en fideicomiso el mandato que dicho país posee sobre el Suroeste africano. Este veredicto socavaba la argumentación de Etiopía y Liberia, que pretendían fundar en una base legal su pretensión a la caducidad del mandato. Pero el grupo africano de la O. N. U. reaccionó, en el mes de agosto, ante la resolución de La Haya, solicitando prioridad del estudio del problema por la XXI sesión de la Asamblea General, y la comisión de ocho países designada por el grupo africano, declaraba que había estudiado el informe de los nacionalistas del Suroeste en el que pedían «la revocación del mandato de Africa del Sur sobre el territorio y su transferencia a las Naciones Unidas».

El 15 de septiembre, al término de la Conferencia de la Commonwealth, la mayoría de sus miembros estimaba que las Naciones Unidas debían revocar el mandato de Africa del Sur sobre el Suroeste y asumir la responsabilidad del territorio hasta su independencia. El 23 del mismo mes, la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas interrumpía su debate sobre temas mundiales para discutir la situación en Africa del Suroeste. Este tratamiento de prioridad se producía a petición de las naciones afro-asiáticas en su objetivo de lanzar una campaña en la Asamblea que terminase con el control sudafricano del territorio, tal como habían decidido ya en Londres. Etiopía pedía que fuese revocado el mandato decretado por la Liga de las Naciones y solicitaba que quedase transferido a la administración de la O. N. U. Simultáneamente con esta acción internacional, guerrilleros adiestrados en Africa oriental comenzaban a infiltrarse en el territorio, según declaraba el viceministro del Interior de la República Sudafricana, en el Parlamento ⁹.

Por lo pronto, las numerosas intervenciones de los delegados africanos en los debates onusianos parecen indicar que no existe unanimidad acerca de la solución más apropiada para el porvenir del territorio. Etiopía había solicitado, como indicamos, la revocación del actual mandato y la administración por las Naciones Unidas. Liberia, por la que habló su secretario de Estado, J. Rudolph Grimes, al abogar por una rápida terminación de dicho mandato, pro-

⁹ Añadió que los documentos capturados a los terroristas detenidos indicaban que eran miembros de la Organización Popular de Africa del Suroeste y que habían sido adiestrados por los comunistas. «La Policía supo que había unos 250 terroristas africanos entrenándose en campamentos situados en Tanzania y Zambia. Muchos de ellos son reclutados en las calles y enviados a entrenarse a países tales como Rusia, China, Argelia, Egipto, Etiopía, Ghana, Tanzania y Cuba.»

ponía a la Asamblea General que se crease un Comité especial que informase a fines de noviembre de la posible creación de una Comisión de las Naciones Unidas para Africa del Suroeste. Ambos países fundamentaban su petición en las acusaciones de opresión por la República Sudafricana.

El delegado de este país en las Naciones Unidas, D. P. de Villiers, subrayaba, en su contestación, que la acusación de opresión era totalmente falsa y revelaba un profundo desconocimiento de la realidad. «Es bajo esas circunstancias—agregaba—que se hace necesario reconsiderar la situación por parte de todos los miembros de las Naciones Unidas. Es simplemente una burla formular tales cargos de opresión... En este debate, los más amargos ataques y acusaciones contra Sudafrica se están haciendo continuamente. Esto constituye el más peligroso aspecto en una organización encargada de mantener la paz y la seguridad internacionales y, en último término, practicar la tolerancia y promover el conocimiento internacional y la buena vecindad». Puntualizó que el Gobierno sudafricano, en su administración del Suroeste, está buscando una «solución por evolución, no por revolución. Y está haciendo esto con el apoyo cada vez mayor de los pueblos afectados. Su programa está haciendo progresos en el terreno económico. Pero se está haciendo mucho más: se está moviendo hacia una forma de autodeterminación, de autorrealización por parte de todos los pueblos bajo su tutela, sin discriminación de su origen racial o étnico. lo que hará posible que vivan juntos pacíficamente, en armonía y cooperación constructiva y sobre la base de igual dignidad humana».

No obstante, en vez de una serena consideración de los hechos y la búsqueda de unas soluciones apropiadas, la Asamblea General de las Naciones Unidas se dejaba arrastrar, una vez más, por la tensión emocional provocada por los enconados ataques afro-asiáticos y adoptaba una resolución—por 114 votos contra dos (Sudáfrica y Portugal), más tres abstenciones—decretando la revocación del mandato sudafricano sobre el Suroeste y su colocación «bajo la responsabilidad directa» de la propia organización internacional. La O. N. U., con esta decisión, prosigue el camino de peligrosas determinaciones que, en vez de despejar la atmósfera política internacional, fomentan graves focos de tensión. Años atrás, con su peligrosa ingerencia en el Congo ex belga, contribuyó, en gran modo, a alejar del país toda posibilidad de convivencia política. Ahora, con sus resoluciones sobre el Suroeste africano y Rhodesia, hace gravitar la amenaza de una guerra destructora en el Continente. Y esto se hace a instancias de los dirigentes de algunos países africanos que sólo tienen la vista

fija en defender los mayores extremismos y que dejan tras de sí una estela de hambre y ruina. ¿Se piensa, acaso, que con otorgar la independencia a unos países artificialmente escindidos de unos conjuntos naturales por la voracidad colonialista se han resuelto sus problemas? Si consideramos el panorama que hemos bosquejado anteriormente de la caótica situación que impera en gran parte de los flamantes Estados nuevos, podemos constatar, si pensamos objetivamente, que en muchos de ellos la situación ha empeorado infinitamente. No, desde luego, para algunos dirigentes dominados por un increíble egocentrismo¹⁰, pero sí para las masas que han sido lanzadas a una vida paupérrima, que desconocían en la época colonial. ¿Se puede afirmar, honestamente, que la situación en la Nigeria actual, a los seis años de su independencia, es mejor que la que disfrutaba en el momento de alcanzarla? A la política que entonces desplegaba la Gran Bretaña se le podrán achacar muchos defectos, pero lo cierto es que el país había superado la vida primitiva, mantenía una paz indiscutible y gozaba de un alto nivel de prosperidad, hablando en términos generales. Hoy ese mismo país está abocado a una secesión, desgarrado por luchas fratricidas que amenazan con devorarlo y la prosperidad está dejando paso a la miseria en amplias zonas de su territorio.

Otro tanto puede agregarse del Suroeste africano, «país» de gigantesca extensión (824.000 kilómetros cuadrados), casi despoblado, puesto que solamente lo habitan algo más del medio millón de personas—525.064, de los que son blancos, 73.154—en razón a que se trata de un puro desierto. Antes de la Primera Guerra Mundial era colonia alemana (desde 1885), que fue conquistada por el Ejército sudafricano después de la rendición, el 9 de julio de 1915, en Khorab, de las tropas germanas. Desde que, el 17 de diciembre de 1920, Sudáfrica obtuvo de la Liga de las Naciones su mandato sobre el territorio, se ha realizado una innegable obra de progreso, de la que se han beneficiado los 427.980 bantúes que la pueblan. Los varios grupos bantúes¹¹ a lo largo de su historia precolonial, y aun después, han demostrado siempre la mayor enemistad mutua y actualmente no manifiestan

¹⁰ «Los dirigentes actuales no gustan de la contradicción. El poder que se ejerce con ese espíritu se convierte, poco a poco, en autocrático, feudal, tiránico... He dicho que en África no tenemos necesidades de Ejército, con generales, coroneles, tenientes, etc. Y tampoco tenemos necesidad de Embajadas a la europea, que, como se sabe, se inspiran en la alta burguesía de la vieja época» (A KASHAMURA, *op. cit.*).

¹¹ Ovambos (200.000 almas), Okavango (30.000), Herero (32.000), Nama (grupo hotentote) (30.000), Rehobothers (8.900), Damara (30.000), Bosquímanos (10 a 15.000), etc.

ninguna cohesión de tipo «nacional». Por ello, quizá no es aventurado predecir, que si algún día territorio tan artificial e inviable alcanzase la independencia, las distintas tribus volverían a enfrentarse en sus ancestrales guerras¹² o bien el grupo mayoritario se impondría, dominando despóticamente a los restantes. Esta sería, en los momentos actuales, la consecuencia de una «independencia nacional» tan alegremente decretada por la O. N. U. Es, por otra parte, lo que ya ha ocurrido en múltiples Estados que han alcanzado la independencia. Al mismo tiempo, el indudable alto nivel de vida general—alto para el conjunto del Continente africano—experimentaría un sensible declive, de modo análogo a lo que ha sucedido en gran parte del Africa post-independentista. ¿Acaso la O. N. U., cuyas dificultades financieras son tan conocidas, iba a poder aportar su apoyo económico al Suroeste africano? Ante estas razones, ¿es no solamente sensato, sino humano, proceder de forma tan irreflexiva como ha actuado la O. N. U.? A los problemas que conciernen a los pueblos deben buscárseles soluciones beneficiosas, pero no sacrificar multitudes en aras de un inflexible dogma independentista sentido por dirigentes completamente extraños al pueblo en cuestión. Muy bien podría haberse dictaminado el incremento gradual de las medidas, ya vigentes, de autogobierno tribal, llevándolas a un plano más general o haberse centrado la cuestión en el aumento de la capacidad administradora de los bantús, etc. Pero la adopción de acuerdos irresponsables es, indudablemente, una tarea más sencilla que el estudio minucioso y arduo de los graves problemas que la hora presente plantea.

JULIO COLA ALBERICH,

¹² «La independencia ha separado a los africanos mucho más que los ha unido» (A. KASHAMURA, op. cit.).

